

El desarrollo turístico en el Delta de Tigre, Argentina. Mitos y realidades*

Matías Halpin

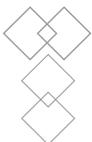
Profesor y licenciado en Antropología. Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires, Argentina, correo electrónico:
matiashalpin@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6416-1431>

Recibido: 4 de noviembre de 2022; aceptado: 14 de febrero de 2023

Resumen: El Delta de Tigre se encuentra en el tramo inferior del Río Paraná, junto al Área Metropolitana de Buenos Aires; desde los años noventa, ha vivido un proceso de turistificación. Inspeccionamos dicho proceso en relación con las transformaciones globales en la industria turística y la implementación de políticas neoliberales en el país. Repasamos las estrategias de construcción de atractividad utilizadas y las modalidades turísticas actualmente desplegadas, así como sus impactos sobre la población local. Examinamos la experiencia de una red de artesanos que montó un parador y se encontró con importantes dificultades para integrarse en los circuitos dominantes. A partir de lo expuesto, sostenemos que el desarrollo turístico, lejos de erradicar la pobreza, ha generado gentrificación.

* El presente artículo es un extracto de mi tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas "*Antes sembrábamos frutales, ahora sembramos cabañas*". *Tensiones en torno al desarrollo turístico en el Delta de Tigre e iniciativas de la comunidad local para la recuperación del perfil productivo del territorio*". www.academia.edu/89703022/TESIS_LICENCIATURA_HALPIN_Antes_sembrabamos_frutales_ahora_sembramos_caba%C3%B1as.

A su vez, el análisis del turismo en el Delta fue concebido como la base necesaria para luego abordar las potencialidades y dificultades de un plan de desarrollo regional sustentable para éste, en torno a la producción de bambú, que estoy investigando en mi proyecto doctoral.



ANTROPOLOGÍA AMERICANA | vol. 8 | núm. 16 (2023) | Artículos | pp. 63-86

ISSN (impresa): 2521-7607 | ISSN (en línea): 2521-7615

DOI: <https://doi.org/10.35424/anom.v8i16.3252>

Este es un artículo de acceso abierto bajo la licencia CC BY-NC-SA 4.0

Palabras clave: *Delta del Paraná, Turismo rural, Antropología rural, Antropología del desarrollo, Neoliberalismo.*

TOURISM-CENTERED DEVELOPMENT IN TIGRE'S DELTA (ARGENTINA). MYTHS AND REALITY

Abstract: Tigre's Delta is located at the end of Paraná River, close to Buenos Aires Metropolitan Area. Since the 1990s it has undergone a process of touristification. Here we examine this process in relation to global transformations in the tourism industry and to the implementation of neoliberal policies in the country. We study the strategies for attractiveness construction and different tourism modalities currently deployed, and their impacts on local population. We review the experience of an of artisans' network that launched a store on the islands but encountered significant difficulties to integrate into the dominant circuits. Based on the above, we argue that tourism development, far from eradicating poverty, has produced gentrification.

Key words: *Paraná's Delta, Rural Tourism, Rural Anthropology, Anthropology of Development, Neoliberalism.*

Introducción

El Delta inferior del Río Paraná es una extensa región insular en la zona central de la República Argentina. El último tramo del Delta pertenece al Municipio de Tigre, y se encuentra a menos de 35 km del centro de la capital del país. De hecho, el casco urbano de Tigre es parte del entramado del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Sin embargo, con sólo cruzar el primero de los ríos del Delta, uno se interna en un territorio completamente diferente. No hay carreteras, por lo que barcos, botes y lanchas son los únicos medios de transporte posibles. La densidad de población se reduce rápidamente. El modo de vida debe acomodarse a los cambiantes niveles del agua y a otros factores climáticos. Sus habitantes desarrollan un sentido de pertenencia intenso y marcados clivajes identitarios se ponen constantemente en juego para diferenciarse de quienes provienen de la ciudad.

Si bien la actividad turística ha estado presente en el Delta de Tigre desde hace un más de un siglo, su peso fue creciendo a medida que otras actividades económicas decaían (entre los 1850's y 1950's, el Tigre se destacó por su producción frutícola). En la década de 1990 el municipio tigrense decidió especializarse en el turismo, mediante una serie de modificaciones de

normativas, de infraestructura y de nuevas estrategias de construcción de atraktividad (Bertoncello & Iuso, 2016).

Consideramos que el proceso de turistificación es reflejo de tendencias de alcance global. Como tal, sigue lineamientos de organismos internacionales que apuntan a una supuesta reducción de la pobreza en entornos rurales. Sin embargo, veremos que el modelo turístico dominante hoy en el Delta genera diversos impactos negativos y sus beneficios se reparten de manera poco equitativa, en desmedro de la población isleña. Como resultado, existe un importante descontento frente al turismo entre los habitantes locales. Por lo tanto, un sector creciente de la comunidad se organiza —en una dinámica de adaptación en resistencia (Stern, 1990)— para subsistir y sostener su permanencia en las islas a pesar de las condiciones adversas. Por lo tanto, el objetivo del artículo es presentar un panorama sintético de la diversidad de propuestas turísticas vigentes en la región y cómo estas integran o excluyen a la población local. A su vez, tomamos la experiencia de un colectivo de productores artesanales isleños para analizar las tensiones experimentadas con el modelo dominante.

Comenzaremos el artículo con una revisión de los principales referentes conceptuales que utilizamos para pensar la industria turística, sus etapas y modelos. Luego haremos una reseña de las principales modalidades turísticas desplegadas actualmente, señalando como la población isleña puede beneficiarse o ser afectada por ellas. A continuación, reconstruiremos la experiencia de los mencionados productores quienes intentaron montar un parador-restaurante en uno de los ríos de mayor tránsito de la región. Sin embargo, el proyecto no obtuvo los resultados económicos esperados, por lo que el grupo decidió redefinir sustancialmente el enfoque utilizado para dar salida a sus producciones. Sostenemos que el principal motivo por el cual su proyecto inicial fracasó está ligado a la posición dominante de los agentes que controlan los flujos masivos de visitantes y las dificultades para visibilizar propuestas alternativas a la oferta hegemónica.

Referentes conceptuales

Por más que sea común asociar el turismo con paisajes idílicos, la actividad turística está lejos de ser un fenómeno natural. Para que el turismo suceda, es necesario que exista un sistema de actores, lugares y prácticas que procuran a los individuos la recreación por medio del desplazamiento y el hábitat temporal

en otros lugares (Équipe MIT, 2005). Por ende, es “una actividad económica que implica una compleja red de factores como la ubicación geográfica, la historia, el idioma, el clima, los niveles de desarrollo económico, la calidad de los paisajes rurales y urbano, las políticas públicas, el grado de estabilidad económica y política, el estado del sistema de transporte” (Oliani *et al.*, 2011, p. 288, traducción propia). La confluencia de estos factores se da a través de un desarrollo socio-histórico, más o menos planificado según el caso. Por lo tanto, es importante señalar que los lugares no son turísticos en esencia, sino que adquieren dicha cualidad a través de un proceso de turistificación (Knafou, 1992). Este proceso no es unilineal y definitivo sino que, como todo fenómeno social, adquiera complejidad y se retroalimenta en la medida que los sentidos y valores asociados con los destinos van mutando (MacCannell, 2003).

Dentro del sistema turístico existe un elemento de suma importancia, el atractivo turístico. Éste es todo aquello que se considera que puede proveer una experiencia placentera suficiente para motivar a las personas a viajar hasta él en su tiempo libre (Walsh-Heron & Stevens, 1990). Diversos autores (Gunn, 1994; Leiper, 1990; Lew, 1994; Lundberg, 1985) sostienen que es el elemento central del sistema. Los atractivos pueden ser de origen natural o hechos por seres humanos, pero siempre necesitan de una gestión o proceso para convertirse en objetos turísticos como tales (Pearce, 1981). En palabras de Bertonecello e Iuso (2016) “el atractivo turístico no es un recurso disponible sino el resultado de un proceso específico de producción o ‘construcción de atraktividad’” (p. 109, comillas en el original).

Si bien el proceso de turistificación excede a la construcción de atraktividad, analizando ésta podemos obtener una importante aproximación al fenómeno turístico en una determinada localidad, pues se imbrica con diversos componentes del sistema turístico y permite vislumbrar los imaginarios (Salazar, 2012)¹ puestos en juego por diversos actores y actrices (qué elementos se seleccionan o crean, qué obras de infraestructura y/o puesta en valor se realizan, quiénes gestionan y financian las obras y atractivos, cuáles fenómenos atraen más visitantes, etc.).

¹ Salazar (2012), plantea que "Los imaginarios turísticos son conjuntos de representaciones transmitidas socialmente que interactúan con las imaginaciones personales de la gente y se utilizan como dispositivos de creación de significado y de visión-del-mundo, tanto en el turismo como en otros ámbitos". Los promotores turísticos se basan en imaginarios para representar y vender sueños de destinos, actividades, tipos de alojamiento y pueblos por descubrir y experimentar. Les turistas planean sus viajes en base esas mismas representaciones. La población receptora intenta constantemente acomodarse o refutar esos imaginarios.

Por otro lado, la industria turística tiene varias etapas distintivas: una más orientada a las élites en el siglo XIX y principios del XX (Zuelow, 2015), una etapa de ampliación hacia las clases medias y obreras en la segunda posguerra (*ibid.*). Este turismo de masas se asocia principalmente con la modalidad denominada como de sol y playa (Sánchez & García, 2003). Se considera a esta modalidad como pasiva, vinculada al descanso y a la reposición de fuerzas de los trabajadores, cuya oferta es altamente estandarizada (Bertoncello, 2002). Ya en torno a la década de 1970, a nivel global la industria turística advierte un proceso de saturación y empieza un proceso de diversificación y segmentación (García Henche, 2017). En ella se desarrollan diversos nichos turísticos en los que si bien se mantiene la masividad, la distinción vuelve a convertirse en elemento relevante (Boyer, 2002). Si bien esta transformación recibe diversas denominaciones, recuperamos la de turismo vivencial o experiencial (Benseny, 2021; Rivera Mateos, 2013), pues permite poner el foco justamente en que lo que se ofrece al visitante, como forma de atraerlo un determinado destino, es venderle la posibilidad de vivir experiencias particulares, que lo diferencian de la masa y brindan sensaciones únicas.²

También en la década de 1970, la Organización Mundial del Turismo (OMT), originalmente una cámara empresarial, es incorporada como una agencia ejecutiva del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (Dachary *et al.*, 2016). A su vez, en el marco de la intensificación de la globalización diversas regiones del mundo sufrieron la crisis o decadencia de sus actividades productivas tradicionales (Britton, 1991; Smith, 1996) y diversos organismos internacionales (ONU, OCDE, Banco Mundial, entre otras) comienzan a sugerir que los países subdesarrollados se vuelquen al turismo como estrategia de desarrollo, generalmente como parte de paquetes que apuntan la desregulación financiera y la promoción de los movimientos internacionales de capitales (Gascón, 2011).

La idea de que generando políticas económicas que favorezcan al sector empresarial se generará un crecimiento económico cuyos beneficios alcanzaran luego a los sectores más postergados de la sociedad es un *leitmotiv* del neoliberalismo (Gascón, 2011), pero puede ser considerada un mito (Klisberg,

² Si bien es posible argumentar que el contraste entre lo cotidiano y lo extraordinario siempre ha sido parte de la experiencia turística (MacCannell, 2003; Salazar & Graburn, 2014), Rivera Mateos (2013) señala que los imaginarios de la experiencia única y auténtica (es decir, ligada de una manera supuestamente fidedigna a la cultura local del destino visitado) se encuentran cada vez más presentes en los mercados turísticos.

2011). No es el único mito que se reproduce en los ámbitos de promoción el turismo, otros de ellos son el supuesto de que se trata de una industria verde sin pasivos ambientales; el fomento a la producción local y la revalorización de recursos autóctonos, la modernización de las infraestructuras, entre otros (Milano, 2016). Ninguno de estos aspectos se puede asumir consecuencia natural de un turismo desregulado, sino más bien lo contrario.

Gascón (2011) señala que desde las décadas 1980 y 1990 el PNUD y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) ponen particular énfasis en sugerir el desarrollo turístico como herramienta para combatir la pobreza en ámbitos rurales. En la construcción de atractividad para este tipo de destinos suelen jerarquizarse ciertos elementos: “los paisajes agrarios, la arquitectura ‘típica’, las celebraciones, las artesanías, los alimentos orgánicos o con denominación de origen, las actividades organizadas al aire libre como rafting, ciclismo, senderismo, etc.[...]. También se promocionan servicios de alojamiento, especialmente en casas de campo, estancias, y otros hoteles que poseen una estética bucólica, campestre” (Pérez Winter, 2017, p. 165). Veremos más adelante cómo los elementos asociados al pasado productivo del Delta se encuentran mucho menos explotados en la región del delta tigrense.

El proceso de turistificación en Tigre

Por cuestiones de espacio no podemos hacer aquí una reseña detallada de la historia del turismo en Tigre. Sólo señalaremos que refleja las tendencias de la industria turística a nivel global. A fines del siglo XIX se fundaron los primeros clubes de remo ligados a las clases altas porteñas, junto con lujosos casinos y hoteles y mansiones de veraneo (turismo orientado a las élites). Sin embargo, esta actividad era secundaria frente a una producción frutícola aún en auge. En la segunda posguerra, de la mano del modelo de Estado Bienestar el turismo se vuelve una actividad masiva (Donaire, 2012). En el Delta se establecen diversos recreos sindicales disfrutar del ocio al aire libre durante los fines de semana. En las décadas de los sesenta y setenta, surgió el fenómeno de incremento de segundas residencias para fin de semana o veraneo por parte de las clases medias del AMBA. Este fenómeno fue paralelo a la decadencia de la industria frutícola y la consecuente disponibilidad de casas y terrenos por el abandono de las antiguas quintas.

Sin embargo, el verdadero *boom* de la turistificación se da en los años noventa, cuando desde la gestión municipal se desplegaron diversas iniciativas

para convertir a la localidad en un polo de atracción turístico (Bertoncello & Iuso, 2016), como reformas en las vías de acceso (autopista, líneas de tren, relocalización de estación fluvial), inauguración de museos, parque de diversiones y casino, así como diversos circuitos peatonales en la ribera continental y zonas alledañas, que combinan museos, bares y restaurantes. Es de destacar la refuncionalización del Puerto de Frutos, antiguo centro de recepción de la producción isleña, publicitado ahora por el propio municipio como un “*shopping* al aire libre y con vista al río” (2016, p. 11, cursivas en el original), repleto de mercadería importada y con escasos espacios para las manufacturas locales.

Bertoncello e Iuso destacan la matriz neoliberal que caracteriza a las intervenciones. Así, junto a las acciones directamente ejecutadas por el municipio, se generan condiciones normativas que tienden a favorecer la inversión privada, dándose

una alianza entre agentes estatales y privados para impulsar el turismo en Tigre [...] en un contexto en el cual los grandes grupos económicos habían comenzado a invertir en el negocio del ocio y de gobiernos neoliberales que facilitan esta entrada de grandes capitales” (2016, p. 11).

Estos autores vinculan las transformaciones al contexto de desindustrialización que sufrió el país en ésta década y marcan el paralelismo con las tácticas que otras ciudades estaban empleando (la puesta en valor de numerosos sitios históricos, la ampliación de la oferta cultural, los grandes centros de entretenimiento, etc.).

En cambio, no se evidencia el mismo despliegue para la porción insular del municipio, a pesar de que dicha región venía arrastrando una crisis económica y éxodo poblacional desde hacía décadas. Las únicas excepciones son la restauración de la casa del expresidente Sarmiento y la del escritor Haroldo Conti, convertidas en museos (el Delta cuenta con decenas de casas históricas, pero estas dos están a escasos minutos de navegación desde el continente).

Si bien la historia nacional y local fue tomada por el municipio como elemento central de atraktividad en la zona continental (Iuso, 2017), en las islas solo se tomó algunos elementos históricos aislados. A su vez, la población o el modo de vida isleño no aparecen más que como un pequeño dato de color dentro de propuestas turísticas con otro eje. En este esquema, el Delta pareciera ser el complemento natural de Tigre como ciudad polifacética; y un espacio vacío dejado a la libre intervención del capital. De hecho, fue durante

este período que hicieron su aparición los grandes catamaranes privados, que organizan paseos circulares en los que los turistas ni siquiera descienden en las islas,³ sino que sacan fotos mientras escuchan un discurso estereotipado. Varias empresas utilizan incluso una grabación, reproducida a alto volumen para imponerse sobre el ruido del motor que nunca se detiene.

Otro cambio importante del período es el desarrollo de la red eléctrica, que sin duda influyó sobre los usos del territorio. Si bien ya para fines de la década de los setenta había algunos pequeños núcleos de tendido eléctrico, recién en 1992 se propuso la conexión generalizada, que se completó mayormente entre 1996 y finales de la década. De la mano de la electrificación, llegan al Delta todo tipo y escala de inversiones privadas relacionadas con la construcción o remodelación de cabañas, hoteles, restaurantes, centros de *spa* o actividades deportivas náuticas, barrios privados, etc., cuyas dinámicas examinaremos en el próximo apartado.

Un destino, muchos turismos

En este apartado nos proponemos describir las diferentes modalidades y dinámicas que adquiere hoy la actividad turística en Tigre, para abordar los diferentes actores involucrados en cada una y las problemáticas específicas.

La primera observación a destacar es que por su proximidad al AMBA, el Delta desarrolló tempranamente una modalidad de turismo de cercanía (Díaz-Soria, 2017; Guédon, 2005), la atraktividad del Delta se construye a través de la pequeña escapada, el “contacto con la naturaleza a pocos minutos de la ciudad” o expresiones similares. Por un lado, esto tiene la ventaja de atraer un gran número de visitantes de la metrópoli. Por el contrario, los gastos realizados tienden a ser menores. Los circuitos en lancha sin descender en las islas, o las visitas para pasar un día en un recreo no generan un gran impacto en la economía de los isleños, pues la mayoría de estos atractivos son propiedad de personas que no viven en el Delta. De hecho, podría decirse que, como regla general, las atracciones de mayor envergadura son justamente aquellas cuyos propietarios no son isleños.

Estos grandes sitios privados cuentan con la posibilidad de promocionarse en la estación fluvial, mediante la instalación de locales de venta, donde atraen a los

³ Como los recorridos principales sólo abarcan las zonas más cercanas y turistificadas de las islas, algunas personas se sorprenden cuando en una posterior visita descubre que “en las islas vive gente”.

transeúntes y les ofrecen paquetes de traslado y alojamiento junto con las empresas de navegación allí presentes. En algunos casos, estas redes de promoción se extienden al centro porteño, donde buscan captar a los turistas extranjeros.

En el caso de los recreos de origen sindical, si bien quedan todavía algunos en manos de organizaciones gremiales, muchos han sido vendidos o concesionados a empresarios privados. La mayoría de los visitantes arriban con sus conservadoras portátiles conteniendo los víveres que serán consumidos durante la corta estadía. No hay estímulo para la producción o el comercio local, porque la circulación por fuera del predio en cuestión está circunscripta.

En estos espacios que hemos descripto, existen ciertas posibilidades de empleo para la población isleña como cocineros, parrilleros, camareros, empleados de limpieza o mantenimiento. Sin embargo, son comunes la informalidad, precariedad e inestabilidad (el empleo estacional, o el no pago de los días no trabajados por condiciones climáticas son prácticas extendidas).

Turismo suntuoso, o el Delta para pocos

Además de las ofertas para el turismo de masas, existe un segmento orientado a las élites, que construye su atraktividad en base a la exclusividad. Se trata de grandes complejos con lujosas construcciones y amplios jardines cuidadosamente parquizados, con gastronomía gourmet, jacuzzis, ofertas de cabalgatas, etc. Existen también algunas experiencias de turismo alternativo, que invitan a una conexión más *íntima* con la naturaleza a través de propuestas como *lodges* y *glampings* en arroyos mucho más apartados, sin electricidad o alimentados por fuentes de energía renovables, construidas con materiales locales o degradables. Este tipo de ofertas recuperan el discurso de la sostenibilidad ambiental, y publicitan que trabajan en una baja escala de visitantes para no afectar la capacidad de carga del ambiente. El público reducido lleva a operar con altas tarifas para que la ecuación económica cierre, por lo que la estética y las comodidades a ofrecer necesitan apelar a consumidores de alta gama, por lo que montar un emprendimiento de este estilo no es accesible para cualquiera, así como tampoco visitarlo.

Alquiler de cabañas

El alquiler de cabañas es una de las formas más comunes en que la población local accede a participar de los beneficios del turismo. Obviamente, las formas

en que esto se realiza varían según el estrato socio-económico. Los sectores de mayor poder adquisitivo pueden invertir en una cabaña o complejo en una parcela aparte, para uso exclusivamente turístico (en esta modalidad también participan muchas personas no isleñas). Los estratos intermedios suelen aprovechar el gran tamaño de la mayoría de los terrenos en las islas para construir una segunda cabaña en la propia parcela en la que viven. Así, resignan parte de la intimidad doméstica en pos de esta posibilidad de ganancias.

Hay quienes no alcanzan la posibilidad de construir y optan por alquilar habitaciones dentro de su propia casa mediante aplicaciones como *AirBNB* o similares (la proliferación de redes sociales ha abierto una multiplicidad de nuevas estrategias) compartiendo la vivienda con sus huéspedes. También he conocido casos de personas que en temporadas de alta demanda se mudan temporalmente a lo de familiares o allegados, y alquilan su propia vivienda. Muchas personas trabajan para quienes poseen una casa de alquiler pero no residen en las islas, administrando las propiedades o recibiendo a los turistas. En algunos casos, logran realizar estas tareas para varios propietarios y pueden alcanzar un importante ingreso a partir de las comisiones. En muchos casos, la aspiración de estas personas apunta a llegar a construir su propia cabaña para mejorar así su rentabilidad.

Lo descripto parece describir un círculo sumamente virtuoso, pero tiene sus complejidades. El turismo en el Delta tiene una dinámica marcadamente estacional. El pico de demanda es en los meses de verano, esta es oscilante en otoño y primavera, y muy escasa en el invierno (fenómeno típico de los destinos de sol y playa). Esto significa que las casas de alquiler estarán desocupadas gran parte del año, con gastos fijos de mantenimiento. En una entrevista un vecino de un arroyo que se transformó radicalmente desde la llegada de la electricidad, me decía:

Los isleños antes sembrábamos frutales, ahora sembramos cabañas. En este momento la tendencia es... comprar un lote, construir tu casita, construir una cabaña para alquilar, construir porque con una no te alcanza, y otra más porque con dos tampoco te alcanza [Suspira]. Es un modelo que me parece que hay que encontrarle... un límite y un equilibrio. Porque hasta dónde vas a construir, cuánto espacio tenés,... ¿cuánto vamos a habitar del delta? [...] Vas convertir este lugar maravilloso [su arroyo] en Tres Bocas [zona donde se concentran la mayoría de mayor concentración de restaurantes y cabañas de alquiler del Delta] (Registro de campo, febrero de 2020).

Por otro lado, la proliferación de cabañas genera otros empleos indirectos: La construcción y mantenimiento, reservada principalmente a los hombres, que puede dejar importantes márgenes de ganancia para cuentapropistas y jefes, la jardinería, y la limpieza de hogares, trabajo altamente feminizado, y con remuneración mucho menor.⁴

Otro aspecto no virtuoso de la elevada demanda de alquileres turísticos es la dificultad para rentar una casa como vivienda permanente. Los precios que se pueden cobrar con los alquileres temporales superan ampliamente a los de los alquileres fijos, que hacen que para los propietarios sea mucho más tentador apostar al alquiler temporal/turístico que al de destino hogareño. Se da una situación de especulación permanente por parte de muchos propietarios, que prefieren tener la casa vacía en espera de turistas que obtener una renta baja de los residentes locales. La informalidad y la falta de regulación del mercado inmobiliario dan lugar a repetidas situaciones donde inquilinos que ya habían concretado un arreglo, son presionados por los dueños, ante la perspectiva de una temporada turística de demanda y precios altos, para pagar un valor más alto o irse.

Deportes náuticos

Otra de las actividades típicas son los deportes náuticos. Los fines de semana los ríos y arroyos se llenan de motos de agua y lanchas de todos los tamaños. Se destacan los enormes yates de las clases altas, que navegan a gran velocidad y produciendo un fuerte oleaje. Esto afecta a las embarcaciones de menor porte, pudiendo provocar el vuelco o hundimiento. También puede dañar las costas de las casas y ocasionar golpes a las embarcaciones amarradas en los muelles. Las embarcaciones deportivas han protagonizado numerosos accidentes mortales al embestir a navegantes isleños. Los grandes yates suelen dirigirse a los lujosos restaurantes y complejos o, en muchos casos, simplemente se anclan de a grupos en el medio del río y realizan multitudinarias fiestas con música a todo volumen. Por lo tanto el beneficio económico que se desprende de estas actividades para la población local es realmente escaso y son más los perjuicios.

⁴ La administración de cabañas también tiene un alto porcentaje de feminización. Algunas mujeres logran combinar las tareas de administración con las de limpieza (la segunda puede ser una puerta de entrada a la primera). En otros casos, son las administradoras quienes contratan a las empleadas de limpieza. En estos casos, los escalafones están más marcadamente definidos y la movilidad ascendente es más reducida.

En otra escala, el remo y el kayakismo son actividades que atraen gran cantidad de visitantes al Delta. Esta actividad tiene una larga tradición en la zona. Son deportes que se caracterizan por su escaso impacto ambiental. A diferencia quienes navegan en lanchas y yates, tienden a tener más vínculo con los comercios isleños ya que suelen hacer mucho más uso de almacenes, paradores, campings o cabañas de hospedaje. Para quienes poseen negocios gastronómicos o casas de alquiler, atraer remeros es bastante sencillo. Construyendo una pequeña rampa de madera, el lugar ya se vuelve más atractivo para éstos. Por otro lado, para los propietarios de casas de alquiler, incorporar pequeños kayaks de plástico es también una forma fácil y económica de agregar atraktividad a su hospedaje.

El turismo de segunda residencia

La adquisición de inmuebles para su uso recreativo es definida como un componente importante de la industria turística por Gascón y Cañada (2016). Su centralidad en el Delta es también atribuible a su cercanía al AMBA. Como señalamos, este proceso se inició varias décadas atrás, pero se incrementó fuertemente a partir del nuevo milenio. Olemberg (2015) señala que entre 2001 y 2010 la cantidad de viviendas creció significativamente más (+21%) que la cantidad de habitantes. (+8,6%), y que para 2010 la cantidad de viviendas que fueron oficialmente declaradas como de uso vacacional fue del 43%.

Como las cabañas de alquiler, las segundas residencias generan demanda de mano de obra para la población isleña, por las tareas de construcción, mantenimiento y jardinería. La construcción suele ser un rubro que se dispara durante los procesos de *boom* turísticos, y si bien continúa siendo un rubro de fuerte actividad en la región, el ritmo tiende a descender a medida que el ciclo de vida del destino turístico (Butler, 1980) madura.

Por otro lado, es importante destacar que el proceso de residencialización turística ha producido una particular distinción geográfica. Las casas de fin de semana tienden a ubicarse sobre los principales ríos y arroyos, que cuentan con mejores condiciones de transporte público y navegabilidad. Mientras que las viviendas de isleños permanentes, al fondo de los arroyos, canales o zanjones, donde la accesibilidad es mucho menor. Se da una segmentación espacial producto de la gentrificación rural (Gascón & Cañada, 2016), el aumento del precio del suelo por la presión turístico-inmobiliaria. Este concepto aplica también a la dificultad para rentar viviendas permanentes antes descripta.

Los barrios privados

Un fenómeno particular dentro del turismo de segunda residencia son las urbanizaciones cerradas o barrios privados que implican formas aún más violentas de exclusión.

Dicho proceso comenzó en la década de los noventa en la ribera continental de Tigre y en los 2000 se expandió hasta el Delta. Grandes grupos empresarios adquirieron amplias extensiones de tierra a precios bajos. Mediante maquinaria pesada y grandes inversiones, realizaron dragados de ríos y rellenos de tierras para elevar la cota del terreno y erradicar así las posibilidades de inundación. También se realizaron grandes lagunas y canales artificiales, puertos y amarraderos, para lograr convertir al espacio en lujosos “barrios náuticos”. Entre 1999 y 2004 se construyen al menos tres barrios privados en la Primera Sección de Islas, y se encontraban en proyección o construcción otros cinco (Astelarra, 2017). El problema de esos mega-emprendimientos, es que todas esas operaciones de movimientos de suelos producen alteraciones ecosistémicas, pues “perjudican el escurrimiento y flujo natural de las aguas. Al impedir el régimen habitual de inundación de los humedales, trasladarán las crecientes a sectores no afectados por ese fenómeno en la actualidad y producirán mayor erosión en las costas” (Municipio de Tigre, 2012, p. 91).

El caso más emblemático lo constituye el intento de construcción del mega-emprendimiento inmobiliario Colony Park. Se trata de un proyecto que pretendía abarcar unas 360 hectáreas. Desde aproximadamente 1940 (Astelarra, 2017) la zona se encontraba habitada por unas 40 familias campesinas. Estos habitantes no tenían títulos de propiedad de sus predios de residencia y trabajo, sino que éstos estaban definidos de forma consuetudinaria (Astelarra & Domínguez, 2015). Entre 2007 y 2009, con títulos de compraventa de dudosa legalidad (ya habían sido judicializados en la década de los noventa) representantes de la empresa Colony Park comenzaron una serie de operativos de desalojo. Frente a la resistencia de varias familias, quemaron sus casas o las sepultaron bajo el lodo proveniente de los dragados (Astelarra, 2017).

Los daños ambientales y la violencia explícita llevados a cabo por esta empresa dieron pie a una alianza entre las familias afectadas, organizaciones ambientalistas y amplios sectores de la comunidad isleña, que mediante movilizaciones y acciones judiciales lograron poner freno a este proyecto en 2010. Aún más, en 2012 se logró que el municipio legislara la prohibición de nuevos barrios cerrados.

Sin embargo, nuevos proyectos vuelven a intentar avanzar año tras año, hurgando en tecnicismos legales para conseguir permisos o iniciando obras clandestinamente para luego presentar el hecho consumado y obtener una autorización ad hoc. También son comunes las amenazas a activistas y vecinos que se les oponen o los denuncian (Halpin, 2022).

Llamativas ausencias

Hasta aquí hemos descripto modalidades turísticas que tienen una notable visibilidad en el Delta de Tigre. Resulta más difícil, en cambio, hacer un registro etnográfico de aquello que no está ahí. Me refiero a algunos aspectos que suelen ser utilizados para construir atraktividad en los destinos turísticos rurales y que sin embargo en el Delta, se encuentran subexplotados.

Como mencioné anteriormente, el turismo suele ser una recomendación de organismos internacionales para aquellas regiones, especialmente rurales, cuyas producciones sufrieron una crisis (Britton, 1991). Es común la antigua infraestructura productiva sea reconvertida en un atractivo turístico, sacándole rédito al pasado. Existen varios ejemplos nuestro país (Brac, 2015; Pérez Winter, 2016; Zambón *et al.*, 2009). La patrimonialización de sitios históricas, la *gourmetización* (González, 2018) de la gastronomía local (Ellul, 2008) y la reivindicación de ciertos tipos de habitantes históricos, como el gaucho (Pérez Winter, 2016). Varias de estas prácticas pueden observarse incluso en Tigre-Continente (Iuso, 2017)

Sin embargo, en las islas tigrenses, ofertas similares son realmente escasas. Hubo una persona que realizaba visitas a una antigua fábrica isleña de sidra, pero hoy dicha actividad se encuentra discontinuada. La gran planta abandonada de procesamiento de formio, tampoco se encuentra aprovechada de esta manera. En numerosas islas se encuentran aún restos de antiguas plantaciones frutales, como no conozco ofertas turísticas en torno a ellas. Las viviendas de las antiguas quintas o mansiones de las elites, poseen un estilo arquitectónico bastante particular y más allá de que algunas se han declarado patrimonio histórico, no son promocionadas por agencias oficiales. Existe una isla en la que vacacionaba el expresidente Juan Domingo Perón, que no se encuentra siquiera señalizada.

Tampoco con las producciones que continúan vigentes se da una gran oferta agro-turística. Las plantaciones forestales no reciben turistas. Tampoco las colmenas apícolas. Conozco un solo caso de una quinta de producción de

nueces pecán que utiliza dicho cultivo como un atractivo particular. El pescado, producto gastronómico típico a lo largo del Río Paraná, tampoco cuenta con ningún restaurante especializado, como sí ocurre en otras localidades ribereñas.

¿Por qué estas prácticas tan visibles en otros destinos rurales no han adquirido la misma dimensión en Tigre? Mi hipótesis es que, para los grandes operadores y promotores turísticos, no resulta sumamente necesario. Siendo que el recurso hídrico es tan abundante y característico de la región, sin estas estrategias se ha podido igualmente construir ofertas rentables en los términos del modelo sol y playa, del contacto con la naturaleza presentada como prístina, de las actividades náuticas y de la cercanía con el área metropolitana. Éstas características pueden darle suficientemente particularidad al destino para que el modelo de negocios funcione sin incorporar distinciones histórico-productivas.

Este esquema sería funcional sobre todo para los actores hegemónicos. Para quienes se encuentran en una posición subordinada puede resultar mucho más promisorio explorar modalidades alternativas de atractividad turística, como forma particular de distinción y captación de visitantes. Esto es lo que intentó hacer un pequeño grupo de artesanos y productores de escala doméstica. Analizaremos en los próximos apartados su experiencia.

Turismo y producción local, una relación complicada

Entre los años 2015 y 2018 funcionó en la isla el proyecto de “La Bambusita”, un parador turístico que apelaba a la identidad y producción locales, cuyos resultados distaron de los esperados y generaron impensadas derivaciones.

El promotor inicial de esta experiencia fue un productor de bambú que decidió construir una cabaña en dicho material para instalar un restaurante temático. El proyecto apuntaba a que la especialidad de la casa fueran las variedades locales de pescado, con la particularidad de cocinarlos y servirlos como brotes de bambú de su propia cosecha. Lo hizo en la costa del Río San Antonio, uno de los más transitados por las embarcaciones deportivas. Sin embargo, dichos navegantes rara vez se acercaban a su muelle. Para intentar sostener el proyecto, el Ruso invitó a sumarse a diferentes amigos, vecinos y conocidos que preparaban otras comidas o elaboraban dulces y conservas. También se sumaron diferentes productores de artesanías, indumentaria, fitoterapia, cosmética natural y variadas ofertas más.

Milano (2016) señala que en el marco de los programas *Pro-Poor-Tourism* la Organización Mundial del Turismo (OMT) y diferentes ONGs u otras

instituciones han confeccionado y difundido numerosos manuales, tanto para agencias gubernamentales como para personas que quieren iniciar u optimizar sus emprendimientos turísticos, con múltiples recomendaciones que, supuestamente, asegurarían el éxito. Entre ellas, la incorporación de la gastronomía étnica, *folke* o que promueva tradiciones y productos locales suele ser uno de los *tips* más recomendados, así como otras prácticas que promuevan una identidad distintiva, en sintonía con los postulados del turismo experiencial que reseñamos anteriormente.⁵

La Bambusita incorporaba algunos de los elementos sugeridos por estos manuales. Su edificación tenía un estilo distintivo, en un material en proceso de revalorización en la región. A su vez, el proyecto tomaba elementos de gastronomía con referencias exóticas, pero producidos localmente, y combinados con otros alimentos regionales. Adicionalmente, El Ruso se asoció con otros productores locales para compartir costos y diversificar la oferta. A pesar de ello el negocio no terminaba de prosperar. Como señalamos más arriba, ni quienes navegan en sus lujosos yates ni quienes toman los catamaranes o lanchas de paseo con circuitos preestablecidos suelen descender en estos pequeños espacios locales, sino en los grandes restaurantes o recreos que tienen convenios con las empresas de transporte fluvial. Por lo tanto, la afluencia de turistas al emprendimiento era escasa, y el tiempo que demandaba sostener el espacio no se justificaba con las magras ganancias obtenidas.

Esto demuestra que si bien uno puede seguir todas las recomendaciones para emprendedores turísticos, mientras elementos clave —como en este caso, el transporte fluvial y las posibilidades de captación de pasajeros— se encuentren fuera del control comunidad local, las ganancias seguirán concentradas, en sintonía con lo señalado por Gascón & Milano (2017); y los pequeños emprendedores seguirán condenados a esperar el mítico efecto derrame (Gascón, 2011; Milano, 2016). A su vez, esta experiencia fallida evidencia la falsedad de otro de los mitos del turismo, la del supuesto efecto multiplicador que tiene para producción local (Milano, 2016, p. 156). Las reflexiones del impulsor del proyecto del parador, frente al sentido fracaso del mismo son contundentes con respecto al contraste entre las expectativas

⁵ La producción y comercialización de artesanías y otros productos y servicios *folke* es un tópico recurrente de los estudios turísticos desde hace décadas (Graburn, 1976; Lauer, 1989; Novelo, 1999; De Vidas, 2002; Bendix, 1989; Comaroff & Comaroff, 2009) e implica una amplia variedad de debates. En este trabajo aplicaremos la perspectiva que se centra en las condiciones y cambio en los circuitos de producción, distribución y consumo (Lauer, 1989; García Canclini, 1982).

construidas en torno al desarrollo turístico, y las duras enseñanzas de la realidad:

Entonces yo peleé muchos años para vivir en el delta, del delta, y ahora para poder vivir... tengo que volver al continente, porque sin el continente no hay mercado, ¿me entendés...? El único negocio rentable que hay en el delta es el paseo de personas con fin turístico, ya ni siquiera es rentable la lancha colectiva [el sistema público de transporte de pasajeros en el Delta], o sea, es rentable el tour de la Cacciola [catamaranes] (Registro de campo, mayo de 2018).

Con la expresión “volver al continente” se refiere a la decisión tomada a comienzos de 2018 de cerrar el parador isleño y reorientar el proyecto. En nombre de la red de productores, esta persona acudió a diferentes contactos para conseguir una reunión con las autoridades municipales y solicitar un espacio de ventas en el continente. Inicialmente, el reclamo apuntaba a conseguir un local en la Estación Fluvial, dado que se trata de un punto nodal en el tránsito entre el Delta y el continente. En cambio, los funcionarios ofrecieron un espacio en el Puerto de Frutos. Si bien no era el espacio idealmente pretendido, el colectivo decidió aceptar la propuesta, principalmente porque estaba exenta del pago de alquiler. Como la Bambusita está diseñada con un sistema de paneles modulares desmontables, fue trasladada y reinstalada en la nueva locación. Sin embargo, el nuevo escenario tampoco sería idílico. Como veremos, implicó nuevos beneficios, pero también nuevos desafíos.

El Puerto de Frutos, entre la masividad y la (in)visibilidad

Como mencioné anteriormente, el Puerto de Frutos fue refuncionalizado para convertirlo en un “un *shopping* al aire libre y con vista al río” (Bertoncello & Iuso, 2016, p. 117, cursivas en el original). Este enorme predio cuenta con diferentes zonas, con centenares de locales de diversos tamaños. En la zona conocida como “*Docks* del Puerto”, la más recientemente intervenida, se ha instalado un amplio complejo edilicio de estilo arquitectónico modernista-industrial. Aquí se han instalado restaurantes *gourmet* y grandes cadenas de indumentarias, de las que se pueden encontrar en cualquier shopping de la ciudad.

En el sector de los edificios más antiguos predominan tiendas de mueblería, diseño y decoración, que suelen ofrecen productos con una estética *vintage*/rural, pero trabajan con maderas que no son las que se cultivan en la región.

En la plaza del Puerto se montaron gran cantidad de pequeñas cabinas de chapa, una al lado de la otra. Estos puestos se alquilan a un precio mucho menor, por lo que algunos de ellos pueden llegar a ser rentados por pequeños artesanos o diseñadores independientes. Sin embargo, la mayoría de los puestos, ya sean medianos como los pequeños, ofrecen productos de origen industrial e incluso importado.

La producción isleña tiene escasísima presencia. Existen dos locales de cooperativas de productores mimbrenos del Delta, y un par más de locales que venden objetos hechos con este recurso tradicional isleño. Gran parte del mimbre vendido hoy en día en esos otros locales no es producción local, sino importado a bajo costo desde Chile (entrevista a miembros de la cooperativa mimbrenera, julio 2018).

Ofrecemos esta reseña para que se comprenda que el colectivo de productores, al momento de aceptar un espacio en el Puerto, no lo hizo creyendo en una enorme potencialidad del sitio, sino desde el percepción de que se trata de un espacio hostil que ha marginado a la población isleña.

Hacerse un lugar allí no fue sencillo. Si bien ahora recibían más visitantes, debían competir con una enorme diversidad de mercancías industrialmente, con otras escalas de precios. Los vendedores del colectivo comprendieron que debían desarrollar estrategias para diferenciarse y atraer la atención. Contaban con la ventaja de que la cabaña de bambú se destacaba en medio de las casillas de chapa. Con cartelería y una estudiada oratoria, se encargaban de resaltar su empleo de materias primas isleñas y sustentables; haciendo énfasis en el carácter artesanal y único de sus trabajos.

Puede apreciarse que los productores artesanales captaron una contradicción en la lógica del Puerto. Si bien éste se presenta como un mercado *gourmetizado* (González, 2018) y de distinción (Bourdieu, 1991), esta característica está sólo parcialmente desplegada, dado que la mayoría de los puestos ofrecen productos estandarizados. En ese contexto, los artesanos in-corporaron (*ibíd.*) la noción de distinción y la resignificaron en su propio beneficio.

Esto ilustra lo planteado por Roseberry (2002) sobre “las maneras en que el propio proceso de dominación moldea las palabras, las imágenes, los símbolos, las formas, las organizaciones, las instituciones y los movimientos utilizados por las poblaciones subalternas para hablar de la dominación, confrontarla, entenderla, acomodarse o resistirse a ella” (p. 220).

Para finalizar, si bien por cuestiones de espacio no analizaremos aquí las sucesivas etapas y conflictos que atravesó el colectivo, nos permitimos una

elipsis para señalar su situación actual. El mismo ha casi triplicado la cantidad de miembros; tomó un nombre propio —Origen Delta—; fue reconocido como asociación civil por el municipio y está tramitando su matrícula cooperativa ante el Estado Nacional. A mediados de 2021, mediante un acuerdo con el municipio, obtuvo en comodato el pretendido local en la Estación Fluvial, manteniendo además el espacio del Puerto. No lo lograron de manera aislada, sino como parte de un núcleo de organizaciones que impulsaron la creación de un organismo consultivo en 2019, el Consejo Asesor Permanente Isleño, para exigir al municipio la participación en el diseño de políticas públicas que impliquen al Delta Tigrense. Si bien hoy el vínculo este Consejo con el municipio se ha roto, Origen Delta ha logrado sostener espacios conquistados, aunque otros proyectos de obras de infraestructura productiva en las islas han quedado suspendidos.

Conclusiones

El turismo en el Delta de Tigre fue una actividad que se inició tempranamente en la región. Sin embargo, la centralidad adquirida por dicha actividad fue aumentando a medida que la crisis del sector frutícola se profundizaba. El punto clave de la reconversión es la década de los noventa, cuando el estado municipal decide apostar a una especialización en el turismo como forma de sortear la desindustrialización. Esto se da en sintonía con lineamientos globales dictados por organismos internacionales que sugieren a los estados orientación junto a la realización de inversiones o disponiendo facilidades para que el capital privado las haga, a la espera de un “efecto derrame” que cree empleos y erradique la pobreza. En el caso Tigre, la intervención estatal directa es notoria para la zona, mientras que en las islas de mayor espacio al capital para que éste dirija el proceso.

La cercanía del Delta tigrense con el AMBA influye fuertemente en las modalidades turísticas que se desarrollan en él. Las excursiones de un día o fin de semana representan gran parte del flujo de visitantes. En tal esquema, cuentan con ventaja los agentes turísticos con base en el continente, que tienen la oportunidad de captar a turistas en las zonas céntricas y embarcarlos directamente hacia sus emprendimientos. De ésta manera, la población isleña queda marginada de los beneficios económicos de ésta afluencia.

La gran demanda turística ha dado lugar a la proliferación de cabañas de alquiler, que puede ofrecer una fuente de ingresos de considerable importancia,

tanto a inversores externos como a la población local Sin embargo, se ve marcadamente afectada por la dinámica estacional, dado que el atractivo turístico principal de la región está ligado a los usos recreativos de ríos y arroyos.

Otra modalidad de peso es el turismo de segunda residencia, dentro del cual, se registran dos tipos. Por un lado, la adquisición de viviendas particulares. Éste fenómeno lleva décadas en curso y, si bien ha conllevado a un proceso de gentrificación y segmentación espacial, no se encuentra cuestionado. Estos propietarios se amoldan parcialmente al estilo de vida local y generan un considerable empleo y consumo. Por otro lado, el desarrollo de barrios privados en el Delta provocó una fuerte reacción vecinal. Estos mega-proyectos generan un sentido impacto ambiental y la exclusión directa y violenta de población isleña, y fue percibida por organizaciones locales como un ataque al *modo de vida isleño*. Mediante la lucha social se logró una reglamentación municipal que restringiera el desarrollo futuro de este tipo de proyectos.

La oferta turística en el Delta es muy variada, e incluye formas diversas de atraktividad. En un polo se encuentran los paseos en catamarán, los recreos desbordados y la multiplicación de cabañas, propuestas de escasa especificidad, alineadas con el modelo sol y playa, masivo y pasivo y estandarizado. Por otro lado, ofertas ligadas al turismo experiencial, mediante la práctica de actividades náuticas, o la exaltación de la naturaleza o la sustentabilidad al punto de convertirlas en una marca de exclusividad para explotar. En el extremo, esa exclusividad se convierte en exclusión. Pues las prácticas de las élites afectan el estilo de vida de la comunidad local mediante el acaparamiento de los ríos, la destrucción de humedales y el desplazamiento o forzado de las viviendas isleñas.

Por lo tanto, la población local vive simultáneamente dos tipos de afecciones. Por un lado, la saturación del entorno, producto de las consecuencias de la masividad del fenómeno turístico. Por el otro, la exclusión producida por la violencia y el destrato de aquellos sectores que con su poderío, se llevan el modo de vida isleño por delante, a veces en sentido metafórico y otras, literalmente.

Por otro lado, en contraste con otros destinos rurales, la historia local y las actividades agro-productivas están débilmente utilizadas como eje de atraktividad. La red de productores artesanales que intentó aprovechar esta veta encontró numerosos obstáculos. La experiencia de este colectivo muestra que pesar de seguir las recomendaciones de los manuales turísticos, mientras

los factores estructurales estén concentrados, no es sencillo desarrollar un proyecto alternativo exitoso. Por tal motivo, sus estrategias se re-orientaron a exigir el reconocimiento y el apoyo del estado. El otorgamiento de espacios de ventas en puntos nodales del circuito turístico, en condiciones diferentes de las pautadas por el mercado fue crucial para la consolidación de este proyecto de base comunitaria.

Referencias

- Astelarra, S.
(2017) [*Disputas territoriales y ambientales por la reinención de “la isla”. El caso del conflicto “Colony Park”*]. tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires].
- Astelarra, S., & Domínguez, D.
(2015) Los Junqueros de las Islas del Delta del Paraná. *Estudios Socioterritoriales*, 17, 129-162.
- Benseny, G.
(2021) Turismo Experiencial. *Material de cátedra de “Espacios Turísticos Americanos”*, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Bertoncello, R.
(2002) Turismo y territorio: otras prácticas, otras miradas. *Aportes y Transferencias*, 6 (2), 29-50.
- Bertoncello, R. V., & Iuso, R.
(2016) Turismo urbano en contexto metropolitano: Tigre como destino turístico en el Área Metropolitana de Buenos Aires (Argentina). *Cuadernos de Geografía*, 25 (2), 107-125.
- Bourdieu, P.
(1991) *El sentido práctico*. Taurus.
- Boyer, M.
(2002) El turismo en Europa, de la Edad Moderna al siglo XX. *Historia contemporánea*, 25.
- Brac, M.
(2015) [*Trabajadores de la industria forestal. Tiempos de trabajo y memoria. Estudio antropológico de una comunidad forestal del Chaco Santafesino*]. Tesis doctoral], Universidad de Buenos Aires.
- Britton, S. G.
(1991) Tourism, Capital, and Place: Towards a Critical Geography of Tourism. *Environment and Planning, D Society and Space* (pp. 451-478). Sage.

- Butler, R.
(1980). The Concept of a Tourist Area Cycle of Evolution. *Canadian Geographer*, 24 (1), 5-12.
- Dachary, A. A. C., Burne, S. M. A., & Rodríguez, L. A. A.
(2016) Turismo: modelo sostén en el capitalismo global. En S. M. Arnaiz Burne & C. Gauna Ruiz de León (Eds.), *Retos del Turismo* (pp. 11-28). Universidad de Guadalajara.
- Donaire, J. A.
(2012) Turismo cultural. Entre la experiencia y el ritual. *Colección Turismo Cultural*, 3, 1-14
- Ellul, D. T.
(2008) Innovación en turismo: Polo gastronómico Tomás Jofré. *Rotur*, 1, 103-115.
- Équipe MIT
(2005) *Tourismes 2. Moments de lieux*. Belin.
- García Henche, B.
(2017) Los mercados de abastos y su comercialización como producto de turismo de experiencias. El caso de Madrid. *Cuadernos de turismo*, 39, 167-189.
- Gascón, J.
(2011) La metodología “Pro-Poor Tourism”: un análisis crítico. *Opiniones en Desarrollo, Programa Turismo Responsable*, (9).
- Gascón, J., & Cañada, E. (Eds.)
(2016) *Turismo residencial y gentrificación rural*. Pasos.
- Gascón, J., & Milano, C. (Eds.)
(2017) *El turismo en el mundo rural ¿Ruina o consolidación de las sociedades campesinas e indígenas?* Pasos.
- González, S.
(2018) La «gourmetización» de las ciudades y los mercados de abasto. *Boletín ECOS*, 43, 1-8.
- Gunn, C. A.
(1994) *Tourism Planning: Basic Concepts, Cases* (Third Edition). New York: Taylor and Francis.
- Halpin M.
(2022) [Antes sembrábamos frutales, ahora sembramos cabañas”. *Tensiones en torno al desarrollo turístico en el Delta de Tigre e iniciativas de la comunidad local para la recuperación del perfil productivo del territorio*”, tesis de licenciatura, Universidad de Buenos Aires].

- Iuso, R. D.
(2017) La historia como atractivo turístico en la localidad de Tigre (AMBA). *XVI Jornadas Interescuelas de Historia. Departamento de Historia*. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.
- Klisberg, B.
(2011) Mitos sobre la pobreza. *Encrucijadas*, 51.
- Knafou, R.
(1992) L'invention du tourisme. En A. Bailly, R. Ferras y D. Pumain (Coord.), *Encyclopédie de Géographie*, 827-844.
- Leiper, N.
(1990) Tourist attraction systems. *Annals of Tourism Research*, 17, 367-384.
- Lew, A. A.
(1994) A Framework of Tourist Attraction Research. En J. R. Brent y C.R. Goeldner (Eds), *Travel, Tourism, and Hospitality Research: A Handbook for Managers and Researchers*. John Wiley & Sons.
- Lundberg, D. E.
(1985) *The Tourism Business* (Fifth Edition). Van Nostrand Reinhold.
- MacCannell, D.
(2003). *El turista: una nueva teoría de la clase ociosa*. Editorial Melusina.
- Milano, C.
(2016) Antropología, turismo y desarrollo en Cuestión. *Quaderns*, 145-166.
- Municipio de Tigre (2012). *Documento base para la IIº Etapa del Plan de Manejo del Delta de Tigre*.
- Olemborg, D.
(2015) [Formas actuales de la organización social de la producción forestal en el Bajo Delta del Río Paraná, tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba].
- Oliani, L. G. N., Rossi, G. B., & Gervasoni, V. C.
(2011) What Are the attractiveness factors that influence the choice of a tourist destination-A study of Brazilian tourist consumer. *Chinese Business Review*, 10 (4).
- Pastoriza, E. M., & Piglia, M.
(2017) La construcción de políticas turísticas orientadas a los sectores medios durante el primer peronismo: Argentina 1946-1955. *Licere*, 20 (1), 411-452
- Pearce, D. G.
(1981) *Tourist development*. Longman Group Limited.
- Pérez Winter, C.
(2016) [Patrimonio y procesos de patrimonialización en dos "pueblos" de la provincia de Buenos Aires (Argentina), tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires].

- Pérez Winter, C.
(2017) Del turismo “cultural” al “rural”: un caso de la Pampa bonaerense (Argentina). *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 26 (2), 261-278.
- Rivera Mateos, M.
(2013) El turismo experiencial como forma de turismo responsable e intercultural. *Relaciones interculturales en la diversidad*, 199-217.
- Roseberry, W.
(2002) Hegemonía y el lenguaje de la contienda. En Taller interactivo: prácticas y representaciones de la Nación. Estado y ciudadanía en Perú. Instituto de Estudios Peruanos.
- Salazar, N. B.
(2012) Tourism imaginaries: A conceptual approach. *Annals of Tourism Research*, 39 (2), 863-882.
- Sánchez, A. G., & García, F. J. A.
(2003) El turismo cultural y el de sol y playa: ¿sustitutivos o complementarios? *Cuadernos de Turismo*, 11, 97-106.
- Smith, N. D.
(1996) Gentrification, the Frontier and the Restructuring of Urban Space. En S. Fainstein & S. Campbell (Eds.), *Readings in Urban Theory* (pp. 338-358). Blackwell Publishers.
- Stern, S. J.
(1990) *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los andes: siglos XVIII al XX*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Walsh-Heron, J., & Stevens, T.
(1990) *The management of visitor attractions and events*. Prentice Hall.
- Zambón, G. F., Castronovo, R., Valenzuela, S., Ricci, S., & Ramos, A. G.
(2009). Patrimonio geológico-minero y turismo en Argentina. *De re metallica*, 13, 71-81.
- Zuelow, E.
(2015) *A history of modern tourism*. Bloomsbury Publishing.